

ROSAS BLANCAS

Mediodía en punto y empiezan a repicar las campanas en mi cabeza. Creo por un momento que me voy a desmayar.

Rosas blancas salpican el altar y ribetean todos los bancos de la iglesia. Sus flores favoritas. Me retoco una vez más con manos temblorosas la rosa que llevo en el ojal.

Estoy desbordado. Empiezo a estar mareado de tanto saludo y del olor a flores. A mucha gente ni la conozco, pero se dirigen a mí como si me conocieran de toda la vida.

Voy cambiando el repertorio en cada apretón de manos como un atómata, según se me va ocurriendo: “ ha habido suerte con el tiempo y eso que habían anunciado lluvia”; “ por fin ha llegado el día” ...

Empieza a sonar un órgano y por fin se hace el silencio. Los invitados se levantan y como un abanico agitándose, pamelas multicolores se giran hacia la puerta.

El corazón se me para por completo. Todo el mundo desaparece a mi alrededor, y sólo la veo a ella. A mi gran amor; radiante, feliz. Con paso suave, todo en ella es suave, se va acercando.

Me falta el aire. Ya está a mi lado; me mira, le sonrío y le guiño un ojo a la vez que asiento con la cabeza. Me devuelve el guiño sonriendo y sigue avanzando.

En el altar, con gesto nervioso mi hermano se ajusta la corbata y la toma de la mano. Se miran el uno al otro completamente enamorados y mientras siento que mi esperanza por ella se pierde en un abismo de rosas blancas, sonrío sin saber porqué.